

COMO SE EXPLOTA LA FE

Si alguien nos relatara las escenas de fanatismo que hemos presenciado el domingo pasado, creeríamos que ese alguien era un impostor, porque nunca hubiésemos pensado que pudiera explotarse de un modo tan íncuo y descarado la credulidad del subconsciente.

En un lugar despoblado del Ayuntamiento de San Saturnino, celébrase todos los años, el segundo domingo de Mayo, la festividad religiosa de la Virgen de la O.

Según informes que hemos recogido, parece que dicha santa es la abogada a quien los campesinos de aquella comarca encomien-

dan la defensa de sus animales contra las enfermedades que ponen sus vidas en peligro.

Con tal motivo son muchos los rústicos de ambos sexos que concurren al santuario a depositar su ofrenda en acción de gracias a la virgen. Algunos llegan acompañados del animal curado—una ternera, una vaca, un buey—salvado milagrosamente de la muerte, al decir de su dueño, mediante las exhortaciones hechas a la santa.

El espectáculo que presenciábamos resultaba regocijante a la vez que deprimente. Regocijaba el ver algunos casos pintorescos, como

el de una anciana que forcejeaba por querer hacer entrar una vaca en el propio santuario, a fin de llevarla a presencia de la imagen; y deprimía el observar el grado de incivildad que acusaba aquella pobre gente.

Aquellas escenas, con ser ya de por sí lamentables, por lo que tienen de degradantes para la cultura del país en que se desarrollen, no hubieran suscitado nuestra indignación, ni motivado estas líneas, si no estuviesen aparejadas a un procedimiento doloso, rayano en la estafa.

En el interior de la capilla y próxima a la puerta, existe una mesa sobre la cual se exponen algunas figuras y velas de cera. Es el mercado de ofrendas a donde acude el «ofrecido» a comprar la promesa hecha a la virgen. Con el dinero reunido, a costa, quizá, de privaciones, se corupran las ofrendas pagándolas a buen precio, y se llevan al pie de la imagen. Pero poco tiempo permanecen allí, pues apenas se retira el pagano ofrendador, las ofrendas vuelven a la mesa para ser vendidas nuevamente.

Hubo un pie de cera que batió el record de la velocidad. El verlo ir y venir con tanta rapidez nos hizo recordar el consabido trabalenguas «del coro al caño y del caño al coro». Diez veces, por lo menos, fué vendido y otras tantas llevado y otras tantas traído. El caso era como para reirse si no nos sintiéramos tan indignados al ver tanta impudicia; por una parte, y tanto cretinismo, por la otra.

La explotación se ejercía por

partida doble, ya que a un mismo tiempo se explotaban la fe religiosa y la buena fe del comprador.

Ahora bien; difícil sería establecer una línea divisoria entre el timador de oficio y explotador de la fe. Ambos se confunden y, sin embargo, al primero se le persigue y castiga, en tanto que al segundo se tolera y respeta.

Se aducirá en descargo del segundo que éste no emplea ninguna artimaña para atraer al incauto; que es la ignorancia la que por su propio voluntad cae en las redes que le tiende la fe. Así es, en efecto; pero eso es, precisamente, lo que debiera evitarse.

Si hasta ahora la incultura, esa hija del analfabetismo patrocinado por la Iglesia en connivencia con la monarquía, hizo a nuestros aldeanos víctimas de sus fanáticas creencias, el Estado republicano y laico está obligado a impedir que sigan siendo explotados. Y mientras la instrucción no emancipe al inconsciente de la superstición y de los prejuicios religiosos que la Iglesia le inculcó, deben las autoridades perseguir a todos esos embaucadores que pretenden vivir a expensas de la imbecilidad, del mismo modo que se persigue al curandero, a la adivina que practica la cartomancia o al que se dedica a vender estupefacientes.

Es lo menos que puede hacerse en favor de esa masa ignara que ha sido siempre la víctima de las desigualdades de una sociedad egoísta y la fácil presa de la insaciable voracidad de la clerecía.